

ante todo exigiría a los pastores de almas, que guardasen la residencia y dejasen las cosas profanas a los hombres del mundo (1).

Para la ejecución de sus planes de reforma pensaba servirse Marcelo principalmente de aquella nueva Orden, que había alcanzado la más vasta extensión y se había adherido más íntimamente a la Santa Sede: los jesuitas. Las relaciones de Cervini con ellos eran muy antiguas. El amaba a los discípulos de su amigo Ignacio de Loyola, porque los conocía desde sus principios en Roma, porque se había persuadido muchas veces y también en Trento, a vista de ojos, de su acción reformadora, y porque, como dice Polanco, sabía cuánto por ellos había obrado Dios desde Europa hasta la India. Todavía poco antes de ir a Roma para la elección pontificia, se confesó con el rector del colegio de los jesuitas de Loreto, dijo allí la misa, dió por su mano a los Hermanos la sagrada comunión, y con una piadosa exhortación los animó a ir adelante en la virtud. Cuando S. Ignacio de Loyola con otro Padre fué a visitar al nuevo Papa, halló un recibimiento muy afectuoso. Marcelo abrazó a ambos y les dió ósculo de paz. Después confirió con S. Ignacio sus planes de reforma, y expresó además el deseo de que dos Padres de la Compañía de Jesús viviesen consigo en el Vaticano, para poder oír siempre su consejo. En esta audiencia rogó Marcelo expresamente al General de la Orden, que le dijese siempre con libertad cuanto le pareciese haber de conducir a la gloria de Dios (2).

Mientras la fama de la virtud y santidad de Marcelo II (3) se difundía por toda la cristiandad (4), y excitaba cada vez mayores esperanzas, en Roma los amigos de la reforma temían por la vida del Papa.

La salud de Marcelo II había sido muy poco firme desde sus primeros años, y repetidas veces su débil cuerpo se había mostrado

(1) Cf. Pollidorus, 122.

(2) V. Polanco, 157. Aquí no se hallan las palabras citadas por escritores posteriores, que cuentan haber dicho Marcelo a S. Ignacio: Tu milites collige et bello tuos instrue, nos utemur (Ciaconius, III, 804), que Gothein (S. Ignacio, 473 s.) ha aceptado. Gothein escribe siempre Marcelo III.

(3) \*Dio laudato poiche noi havemo un bono et santissimo pastore, escribía A. Gonzaga el 17 de abril de 1555, desde Roma al alcaide de Mantua (*Archivo Gonzaga*). También U. Gozzadini en una carta de 20 de abril de 1555, designa a Marcelo II como pontífice santo. *Archivo público de Bolonia*.

(4) Además de los testimonios que se hallan en Pollidorus, 133, cf. la Crónica de Oldecop, 382 s.

incapaz de resistir los esfuerzos que él le exigía. Véase en la fina y delgada figura y en el rostro serio y pálido, orlado de una larga y negra barba, cuán flaca era la envoltura corporal en que moraba este espíritu fuerte y vigoroso (1). Así los conatos que demandaban sus cargos, como también graves enfermedades habían puesto repetidas veces al cardenal Cervini al borde del sepulcro. Durante el conclave del que salió Papa Julio III, se había ya sentido muy indispuerto. Por mayo de 1550 enfermó tan gravemente, que se tenía por seguro su fin. Una larga permanencia en los montes de su tierra natal le restablecieron después, pero quedaron constantemente debilitadas sus fuerzas corporales (2). A consecuencia de eso había gran peligro, de que las vehementes conmociones de su ánimo y la multitud de esfuerzos corporales y mentales que traía consigo la elevación al papado, pudiesen consumir pronto su cuerpo delicado y enfermizo. Repetidas veces se advirtió a Marcelo, que conservase sus fuerzas y mirase por su salud. Al cardenal Sforza, que se tomó la licencia de hacerle semejantes representaciones, replicó el Papa: «Desde el día en que he tomado sobre mí el cuidado de toda la Iglesia cristiana, me he consagrado también enteramente al rebaño de Cristo. El sumo sacerdocio impone las mayores obligaciones; ni es tampoco una dignidad y señorío, sino una carga y un servicio» (3).

Sumamente pesada sentía Marcelo II no solamente la carga de los negocios, sino también la presión de la responsabilidad, que la más alta dignidad llevaba consigo. Con tal disposición de

(1) Cf. las observaciones que hay en la \*carta de Hérc. Gonzaga, de 10 de abril de 1555 (*Biblioteca de la Universidad de Bolonia*; v. el n.º 6 del apéndice) y en las Lett. de' princ., III, 234<sup>b</sup>. Un magnífico retrato de Pontormo (Galería Borghese de Roma, n.º 408) muestra al cardenal Cervini sentado ante una mesa con un libro abierto delante de sí, muy grave y con ojos grandes (v. Burckhardt, Documentos, 332). Un segundo retrato de cuando era cardenal, conserva la *Biblioteca Vaticana*. La cabeza indicadora de carácter muestra, que la imagen pertenece a años posteriores. En la medalla de cuando era Papa, aparece Marcelo con la cabeza calva (Müntz, III, 240). El retrato de Marcelo II de Vasari se hallaba en la catedral de Nápoles (v. Ciaconius, III, 808; Pollidorus, 152). Otro retrato está en la sala del concilio del palacio de Caprarola. Una estatua de mármol en la catedral de Sena muestra al Papa sentado y dando la bendición. El hermoso sello del cardenal Cervini se halla copiado en Pasini Frassoni, 37. Las medallas (v. Ciaconius, III, 808; Venuti, 99 s.) y monedas de Marcelo II (cf. Serafini, 263 s.) son sumamente raras.

(2) Cf. Massarelli, 10, 12, 44, 71 s., 172, 174; *Lettere de' princ.*, I, 185.

(3) Pollidorus, 131.

ánimo, el serio Pastor y celoso de cumplir con su obligación exclamó, que no entendía cómo un hombre que estaba en este supremo puesto, podía ir al cielo. Repetidas veces alegó también las palabras de Adriano IV, que no había hombre más digno de compasión que el Papa, que su estado era el más lastimoso, que la felicidad de su vida era amargura, que la silla pontificia estaba enteramente erizada de púas y espinas, y que el peso de la tiara era tan enorme, que agobiaba los hombros más robustos (1). Especialmente el cuidado de la reforma del clero fué el que ocupaba tanto de día y de noche a Marcelo II, que su cuerpo amenazaba sucumbir. Ya en los primeros días de su pontificado tuvo que luchar con una visible debilidad, y con todo tuvo parte en las largas ceremonias de la Semana Santa, observó escrupulosamente el más riguroso ayuno, según su costumbre, y concedió audiencias sin interrupción. Ya el jueves santo, 11 de abril, cuando estaba lavando los pies a los pobres, habían advertido algunos atentos observadores, cómo súbitamente se puso a tiritar de frío y mudó de color (2). A pesar de eso, los días siguientes en modo alguno se cuidó, tuvo parte en los divinos oficios, celebró la misa solemne el día de Pascua y trabajó en el asunto de la reforma. El 18 de abril bendijo todavía los agnusdéis en la sala constantiniana. El 19 se sintió tan cansado y enfermo, que el 20 no pudo efectuar la repartición de los agnusdéis (3). Por consejo de los médicos tuvo ahora que suspender también las audiencias, las cuales hasta el presente había concedido con extremada largueza. Un fuerte catarro con tos molestaba al Papa, que pronto vióse también asaltado de calentura. Una sangría pareció, el 21, producirle algún alivio (4). Luego que Marcelo se sintió mejor, aunque el catarro y la fiebre todavía no le habían dejado, no se dió ningún descanso, porque las obligaciones de su cargo, como hace observar Massarelli, le ocupaban día y noche. El 25 de abril hizo llamar a Massarelli y le dió el encargo de manifestar a los cardena-

(1) V. Panvinius, Vita Marcelli II.

(2) Cf. la relación de Jacobo Riballo a A. Cervini sobre la enfermedad mortal de Marcelo II en Pollidorus, 134 s. Ant. Lorenzini notifica el \*13 de abril de 1555 a A. Cervini, que el Papa está tan affannato che è una compassione a vederlo. C. Cerv., 52. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. Massarelli, 258.

(4) V. la \*relación circunstanciada de U. Gozzadini, de 22 de abril de 1555 (*Archivo público de Bolonia*) y \*la de A. Lorenzini de 20 de abril de 1555. *Archivo público de Florencia*.

les Púteo y Cicada, que era voluntad del Papa, que durante su enfermedad sometiesen a nuevo examen toda la obra de reforma, preparada en tiempo de Julio III, para que una vez restablecido, pudiese dar fin con ellos a este asunto. En los negocios de la Signatura inculcó el Papa el día siguiente a los empleados la más exacta observancia de las prescripciones de reforma que él había dado (1).

Los médicos habían prohibido la concesión de audiencias, pero esto no impidió a Marcelo II ocuparse en asuntos urgentes. Esperaba trasladarse pronto al palacio de S. Marcos, y poder sanar enteramente con esta mudanza de aires (2). El 27 volvióse a empeorar notablemente su estado de salud, y los médicos le prohibieron toda seria ocupación (3). No creían aún que hubiese peligro de la vida, como tampoco el mismo Papa, quien ciertamente se sentía indispuerto y muy molestado de su catarro (4), pero a consecuencia de los negocios apremiantes, volvió pronto a descuidar enteramente su salud. El 29 de abril recibió, no solamente a los duques de Urbino y Ferrara, venidos a Roma para prestarle homenaje, sino también a los cardenales Farnese, Guisa, Este y Sforza, como asimismo a otras personas, y entre ellas a Massarelli, a quien encargó la reforma de la Penitenciaría (5). Las fatigas de

(1) V. Massarelli, 259; cf. también la \*relación de Gozzadini, de 24 de abril de 1555 (*Archivo público de Bolonia*); la \*carta de O. Graccho, de 23 de abril de 1555 (v. arriba p. 42, nota 3); Schweitzer, Sobre la Historia de la Reforma, 65.

(2) Cf. las \*cartas de A. Lorenzini de 22 y 24 de abril de 1555, loc. cit.; la \*relación de Serristori, de 25 de abril de 1555 (*Archivo público de Florencia*). Sobre los médicos de Marcelo II v. Marini, I, 418 s.

(3) \*Carta de U. Gozzadini, de 27 de abril de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(4) \*Per ancora il Papa non si truova libero dal catarro, ma l'hanno atteso a purgare in modo, che sperano fra quattro o sei giorni si habbi esser fuori, et poter dare audientia. Dicono bene che si sente debole et stracco et in tutto senza febre et si è di poi inteso che il mal suo è stato molto maggiore di quel che si è detto. Piaccia a N. S.<sup>re</sup> Dio renderli l'intera salute la quale recuperata che harà intendo che vuol spedire all'Imp<sup>re</sup> et al Re d'Inghilterra il signor Hier<sup>mo</sup> da Coreggio per rallegrarsi con quelle M<sup>ta</sup> dell'assuntione sua et per fare altri complimenti... Serristori en 27 de abril de 1555. *Archivo público de Florencia*.

(5) Massarelli, 260. Lett. de' princ., I, 187. Caro-Farnese, Lett., II, 180. El cardenal A. Farnese había llegado a Roma el 16 de abril de 1555, y se esperaba que desempeñaría un gran papel (cf. Lett. d' princ., I, 185, y la \*carta de Hipólito Capilupi de 16 de abril de 1555 en el *Archivo Gonzaga de Mantua*). Según Avansón, Marcelo le ofreció la secretaría de Estado, la que rehusó

este día, en el cual Marcelo dió audiencias hasta el anochecer (1), habían sido demasiado grandes. El 30 de abril le sobrevino súbitamente en el trabajo una flaqueza desacostumbrada. Tomó un confortativo y se acostó. Como durmió tranquilamente, creyeron los médicos que había pasado el peligro. El largo sueño puso al fin en cuidado a los criados del Papa. Primero con medios ligeros, y después con otros más fuertes procuraron hacerle despertar, pero inútilmente; un acceso de apoplejía había quitado al enfermo el conocimiento. Por la noche volvió en sí Marcelo, pero su estado no daba lugar a esperanza alguna. En la madrugada del 1.º de Mayo exhaló su noble alma (2).

La aterradora impresión que la repentina muerte de tan esclarecido Papa produjo en los contemporáneos, se refleja en numerosas expresiones características. Nadie podía explicarse por qué a semejante hombre, de quien era de esperar con seguridad la tan necesaria reforma, le habían sido dados sólo veintidós días de pontificado, de los cuales no más de diez gozó de salud. Panvinio le aplicó las palabras de Virgilio, que fueron dirigidas a otro Marcelo: «Los hados quisieron sólo mostrarlo» (3). Seripando en el pronto llamamiento al cielo de Marcelo II vió un aviso, de que Dios quería ejecutar la reforma de su Iglesia no por medio de humano auxilio, sino por su propia divina mano, en un tiempo y por los medios que ignorasen los hombres (4). Otro con-

Farnese (v. Ribier, II, 608). Discrepando de Massarelli, algunas fuentes, y así también J. v. Meggen (Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, III, 517), trasladan la audiencia del duque de Urbino al 28 de abril.

(1) V. las Memorie de Jacobo delli Herculani en el Cod. Gesuit. 170, p. 796 de la *Bibl. Victor Manuel de Roma*.

(2) Además de Massarelli, 260, cf. también J. Riballo loc. cit.; Cocciano en Druffel, IV, 668 s.; Lett. de' princ., I, 187; las dos \*cartas de U. Gozzadini de 30 de abril de 1555 (*Archivo público de Bolonia*); las \*relaciones de Camilo Titio y Serristori, de 30 de abril de 1555 (*Archivo público de Florencia*; ibid. la \*carta de A. Lorenzini, de 1.º de mayo de 1555), y la relación de Avansón en Ribier, II, 609. La hora de la muerte, hora 7½ noctis (Firmanus, 508 y las más de las relaciones de embajada), es indicada por J. v. Meggen a la manera alemana «dos horas y media antes del día» (Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, III, 517). La sospecha de que Marcelo II fué envenenado (Druffel, IV, 679; Oldecop, 383), es infundada; v. Pollidorus, 137.

(3) «Ostendent terris hunc tantum fata.» Virg. Eneida, VI, 869. En la \*correspondencia de Olao Magno con el cardenal Madruzzo, se halla un \*apuntamiento sobre la muerte de Marcelo II con esta observación: qui poterit dicere: dum adhuc ordire succidit me. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(4) Lett. de' princ., III, 189.

temporáneo consideraba la pérdida precisamente de este Papa como un castigo divino por la maldad de los tiempos, que era tan grande, que Dios no dejaba a los buenos morar largo tiempo sobre la tierra (1). «¡Oh infortunado Papa, que apenas ha tocado la tiara —escribía Massarelli en su diario,— infortunados de nosotros, sus servidores, a quienes se nos ha arrebatado tan repentinamente un insigne señor, infortunados todos los cristianos, que de un Papa tan sumamente santo se prometían con pleno derecho tanto bueno y grande para la gloria de Dios: el restablecimiento de la autoridad y majestad de la Sede Apostólica, la reforma, el esplendor y la unidad de la Iglesia católica, el aumento de la fe y el adelantamiento de todo lo bueno! ¡Infortunado siglo, al que no fué dado gozar de semejante Pastor, y hasta ni siquiera verle!» (2) El nuncio de la corte del emperador, Jerónimo Muzzarelli, atestigua la profunda tristeza que se apoderó de Carlos V al tener noticia de la muerte de Marcelo II; y añade, que las esperanzas que con él bajaron al sepulcro, habían estribado en su santidad, a todos notoria, y en su prudencia práctica, y fueron robustecidas por el celo que desplegó al comienzo de su pontificado, de levantar el culto divino y mejorar las costumbres (3).

Marcelo II había vivido con sencillez apostólica, y así fué también enterrado. Sin pompa alguna los canónigos de S. Pedro llevaron su cadáver a la basílica (4), donde se le erigió un sepulcro tan modesto, que el poeta Fausto Sabeo pudo escribir:

No te han dado, oh Marcelo, sepultura,  
Como tu excelsa dignidad merece;  
Más rica debe ser y más espléndida  
La losa funeraria que te cubra;  
Pero doquiera yazcas, siempre honrado

(1) Lat. Latinius en Pollidorus, 145.

(2) Massarelli, 260. Unos \*dísticos griegos a la muerte de Marcelo II se pueden ver en el Cod. Ottob. gr. 228, págs. 76-82. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. esta hermosa \*carta en el n.º 8 del apéndice (*Archivo secreto pontificio*). Cf. también la carta del nuncio suizo Raverta en el Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, III, 518; Reinhardt, VIII; Caro-Farnese, Lett., II, 179, 180, 188; Pollidorus, 144 s.

(4) Cf. Massarelli, 260; Firmanus, 508; Panvinus, Vita Marcelli II; Pollidorus, 160 s. En la casa consistorial de Montepulciano se colocó la siguiente inscripción: Marcello II Cervino Politiano Pont. Max. Terris tantum ostenso, coelis repente asserto urbe et orbe prae desiderio lugente. \*Miscell. en el *Archivo Ricci de Roma*.

Será tu nombre y tu inmortal memoria,  
Que no el sepulcro las cenizas honra,  
Mas las cenizas honran el sepulcro (1).

Por el otoño de 1606, al reconstruirse la iglesia de S. Pedro en tiempo de Paulo V, los restos mortales de Marcelo II fueron trasladados a la cripta, donde los recibió un sencillo sarcófago de mármol, de los primeros tiempos del cristianismo. Sólo la breve inscripción «Marcelo II» descubre quién es el que allí descansa (2). A pesar de eso, la memoria de este insigne Papa ha permanecido viva hasta el presente. En la historia de los esfuerzos hechos en favor de la reforma católica, tiene él asegurado un puesto gloriosísimo. Con todos los sabios está Marcelo II en gran reputación por sus méritos en pro de la Biblioteca Vaticana, y de los amigos del arte musical es muy conocido su nombre, por la misa admirable que compuso Palestrina a honra de su memoria (3).

(1) Ciaconius, III, 805; v. Brunner, Italia, II, 8.

(2) La relación del B. Belarmino sobre el estado en que se hallaba el cadáver y su traslación en 15 de septiembre de 1606, puede verse en la Revista trimestral romana, XV, 192. Sobre el sepulcro v. Ciaconius loc. cit.; Forcella, VI, 71; Katholik, 1901, II, 543 s.; Dufresne, 97 s., con un diseño.

(3) Sobre la Missa papae Marcelli v. Ambros, IV<sup>a</sup>, 19 s.; Haberl, Catálogo de música de la capilla papal, Leipzig, 1888, 9, 58 s.; Stimmen aus Maria-Laach, XLVII, 125.

## II. Paulo IV y los Carafas

El Sacro Colegio a la muerte de Marcelo II contaba 56 miembros, de los cuales 39 se hallaban en Roma. De los 17 cardenales ausentes sólo cuatro llegaron a Roma todavía a tiempo, antes del comienzo de la elección: el cardenal Mendoza ya el 3, Doria el 9, Madruzzo el 12 y Tagliavía el 13 de mayo (1).

Las exequias de Marcelo II, que habían comenzado el 6 de mayo de un modo muy sencillo por falta de dinero (2), llegaron el 14 a su término. La mañana siguiente se celebró la misa del Espíritu Santo, después de la cual de nuevo Uberto Foglietta tuvo el acostumbrado discurso, en que se exhortaba a una buena elección. Después 43 cardenales entraron en el conclave, para el cual sirvió el mismo local que en el precedente. Por la llegada de los cardenales Gonzaga y Pacheco, acaecida el 16 y 17 de mayo, subió a 45 el número de los electores. La guarda del conclave fué confiada al duque de Urbino (3). Por lo demás, reinaba en la ciudad la mayor tranquilidad (4).

Por efecto de las parcialidades del Colegio Cardenalicio, los

(1) Además de Panvinius en Merkle, II, 263, v. el impreso contemporáneo, que se conserva en el *Archivo secreto pontificio*: Conclave factum in Vaticano post mortem papae Marcelli II.

(2) V. la \*relación de U. Gozzadini, fechada en Roma a 7 de mayo de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(3) Cf. Massarelli, 263 s. Según la \*carta de Camilo Capilupi, de 15 de mayo (*Archivo Gonzaga de Mantua*), el cardenal Hérc. Gonzaga ya en este día llegó a Roma. Sobre el discurso de Foglietta v. I. Pogiani epist. I, 103, nota. En el impreso citado en la nota 1 puede verse un exacto diseño del conclave, en el cual están también señaladas las celdas para los cardenales ausentes.

(4) V. las \*relaciones de U. Gozzadini, fechadas en Roma el 4, 8 y 11 de mayo de 1555 (*Archivo público de Bolonia*) y la \*carta de C. Capilupi, de 8 de mayo de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.